

mos justificados delante de vuestro divino acatamiento. Porque Él es el verdadero Cordero sin mancha que muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando reparó nuestra vida.

Pero ¿qué podemos nosotros, Señor, hacer en recompensa de tantos y tan grandes beneficios? ¿Qué alabanzas os podemos dar? ¿Qué hacimiento de gracias ofrecer? Aunque tuviésemos toda la sabiduría y poder de los Angeles bienaventurados, no podríamos satisfacer a la milésima parte de lo que debemos a tanta piedad y bondad. Si todos los miembros de nuestro cuerpo se convirtiesen en lenguas, no podrían loaros ni magnificaros dignamente, pues vuestra inestimable caridad sobrepaja toda nuestra facultad y sentido. Porque vuestro Hijo y Señor nuestro no se vistió de la naturaleza angélica, sino de la nuestra, descendiendo de Abrahán semejante a nosotros, aunque desemejante en la mácula del pecado. Y tomando la naturaleza humana, y glorificándola con la estola de la inmorta-

lidad y de su santa resurrección, la subió sobre todos los cielos y la colocó en el trono de gloria a vuestra diestra, para que todos los coros de los Angeles la alaben, las Dominaciones la adoren y todas las Virtudes y los Querubines y Serafines reverencien a Dios-Hombre ensalzado sobre ellos.

Esta es toda mi esperanza y todo mi remedio; porque en Jesucristo nuestro Señor, que es nuestra cabeza, tengo yo mi parte, y en Él está mi carne y sangre; pues donde reina mi cabeza, allí reino yo; donde mi carne está glorificada, allí conozco yo estar glorificado; donde es señora, allí participo yo de señorío. Y aunque soy pecador, no desconfío de la participación de esta gracia; y aunque los pecados ponen entre dicho entre mí y esta gloria, pero la substancia de esta mi naturaleza me anima; y aunque mis pecados me cierran la puerta, pero la comunicación que Dios tiene conmigo me la abre; porque no es Dios tan riguroso, que no

se acuerde del hombre y de aquella naturaleza que unió consigo.

Antes es manso y benigno este Dios mío y mi Señor, y ama su carne y sus miembros y sus entrañas en nuestro dulcísimo, benignísimo y clementísimo Señor Jesucristo, en el cual resucitamos, y subimos ya sobre la alteza de los cielos, y estamos asentados sobre todos los coros de los Angeles. Él es nuestra carne que nos ama, tenemos en Él la prerrogativa de nuestra sangre, porque somos sus miembros y su carne, y Él es nuestra cabeza, del cual resulta y se compone todo este cuerpo; así como está escrito: *Hueso es de mis huesos, y carne de mi carne; y dos serán en una carne; y ninguno jamás tuvo aborrecimiento a su carne, pero la ama y la regala.* Aqueste es aquel gran misterio de Cristo y de su Iglesia, que nos predica San Pablo.

CAPITULO 15

De las dos naturalezas que hay en Cristo, con la una de las cuales tiene misericordia de nosotros, y con la otra ruega por nosotros.

Yo os doy gracias, Señor y Dios mío, con mi lengua, y con mi corazón y con toda la mayor fuerza de mi alma, por todas vuestras misericordias y por aquellas entrañas de piedad con que os habéis dignado socorrer maravillosamente a nosotros perdidos, por medio de vuestro Hijo, y Salvador y Redentor nuestro, que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación, y ahora vive para siempre y está sentado a vuestra diestra, y ruega por nosotros, y juntamente con Vos tiene misericordia de nosotros; porque Él es Dios engendrado de Vos Padre, y coeterno y consubstancial en todo a Vos, y así nos puede salvar y dar vida perdurable. Mas

en cuanto hombre, es menor que Vos, y como a tal le habéis dado todo el poderío en el cielo y en la tierra, para que en el nombre de Jesús se arrodillen todas las potestades del cielo y de la tierra y del infierno; y todas las lenguas confiesen que nuestro Señor Jesucristo preside en la gloria de Dios Padre. Vos, Señor, le habéis hecho juez de los vivos y de los muertos; porque Vos no juzgáis a nadie, mas todo el juicio habéis dado a vuestro Hijo, en cuyo divinal pecho están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría. Él es el testigo y el juez; juez y testigo a quien no se esconde ni se puede esconder ninguna conciencia pecadora; porque todas las cosas le son manifiestas y desnudas delante de sus ojos. Él es el que, habiendo sido juzgado injustamente, juzgará a todo el mundo con justicia y con verdad.

Por tanto, Dios mío y misericordia mía, de lo más íntimo de mi corazón bendigo y glorifico vuestro santo nombre para siempre, por aquella inenarra-

ble y admirable unión de la divinidad y humanidad en una Persona: la cual es tan estrecha, que no es una persona Dios y otra el hombre; sino una misma persona es Dios y hombre, y hombre y Dios. Porque, aunque por vuestra admirable bondad, el Verbo eterno se dignó tomar nuestra carne, no por eso se alteraron las dos naturalezas, ni se mudaron en su substancia, ni al misterio de la santísima Trinidad se añadió cuarta persona; porque la naturaleza del Verbo eterno y la del hombre no se confundieron ni se mezclaron, sino fueron unidas en una Persona, para que nuestra naturaleza llegase al ser divino; y aquello que nunca había sido, mediante esta unión permaneciese y fuese una misma Persona con la que eternalmente tuvo ser.

¡Oh admirable misterio! ¡Oh inefable unión! ¡Oh maravillosa y amable benignidad de la divina misericordia! No fuimos dignos de ser siervos, y somos hechos hijos de Dios, herederos de Dios, y herederos juntamente con Cris-

to. ¿De dónde a nosotros tanto bien?
¿Quién nos levantó a tanta grandeza
y gloria?

Pero ruégoos, ¡oh Dios Padre clementísimo!, por esta vuestra inestimable piedad, bondad y caridad, que nos hagáis dignos de las muchas y grandes promesas de este mismo Hijo vuestro y Señor nuestro, Jesucristo. Mandad a vuestra virtud, y poned en ejecución y en perfección las obras que en nosotros habéis comenzado, para que merezcamos alcanzar aquella abundancia de vuestra gracia y piedad. Dadnos vuestro Espíritu Santo consolador, para que entendamos y merezcamos y reverenciemos con honra debida a questo gran misterio de piedad que en nuestra carne se manifestó, y por el Espíritu Santo fué justificado, apareció a los Angeles, fué predicado a los gentiles, creído en el mundo y colocado en la gloria celestial.

CAPITULO 13

De las gracias que debe dar el hombre a Dios por el beneficio de la redención.

¡Cuán grande es nuestra deuda, Señor y Dios nuestro, pues habemos sido redimidos con tan alto precio, y rescatados con tan celestial don y favorecidos con tan glorioso beneficio! ¡Cuánto os deberíamos temer, amar, bendecir y loar, honrar y glorificar, pues así nos amasteis, así nos salvasteis, así nos santificasteis y ensalzasteis! Porque a Vos os debemos todo lo que somos, todo lo que podemos, todo lo que vivimos y todo lo que sabemos. ¿Quién hay que tenga cosa que no sea vuestra? Por cuanto Vos, Señor Dios nuestro, sois fuente original de todo lo bueno, por Vos mismo y por vuestro santo nombre, dadnos gracia para que os sirvamos con vuestros mismos dones y bienes, y de veras

os agradecemos, y cada día os ofrezcamos el debido sacrificio de alabanza por tantos y tan inmensos beneficios como de vuestra misericordia habemos recibido.

Porque no podemos servirlos ni agradecerlos sino con vuestros mismos dones, pues cualquiera dádiva santa y cualquiera don perfecto viene de arriba, y se deriva de aquel Padre de las lumbres en el cual no hay mudanza, ni variedad, ni claridad sucesiva. ¡Oh Señor y Dios nuestro, Dios piadoso, Dios bueno, Dios todopoderoso, Dios inefable y de naturaleza infinita, Dios creador de todas las cosas y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que enviasteis a este mismo dilectísimo Hijo vuestro y dulcísimo Señor nuestro del seno paternal de vuestras entrañas para provecho nuestro y para que recibiendo nuestra vida nos diese la suya; y siendo Dios perfecto por la eterna generación de Vos, su Padre, fuese perfecto hombre por el nacimiento temporal de su purísima Madre; siendo uno el mismo

Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre, eterno y temporal, mortal e inmortal, criador y criado, fuerte y flaco, vencedor y vencido, mantenedor universal y mantenido, pastor y oveja, muerto temporalmente y vivo para siempre con Vos: este, Señor, es el que prometió a todos los que le aman el derecho de ciudadanos del cielo, y dijo a sus discípulos: *Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará.*

Pues por este sumo Sacerdote, y verdadero Pontífice y buen Pastor, que se ofreció en sacrificio y dió su alma por sus ovejas, y ahora está sentado a vuestra diestra y ruega por nosotros como redentor y abogado nuestro, os pido y suplico, clementísimo, amantísimo y benignísimo amador de los hombres, Señor Dios mío, que con este mismo Hijo vuestro y el Espíritu Santo me deis gracia para que en todas las cosas os bendiga y glorifique con verdadera contrición y dolor de mi corazón y una fuente de lágrimas, y con la reverencia y temor santo que debo; porque el mis-

mo don es de todas las tres divinas Personas, cuya es una substancia.

Pero porque este cuerpo corruptible es una pesada carga para el alma y la apesga y agrava, despertad Vos, yo os suplico, con los estímulos de vuestro amor mi espíritu cuando se halla flojo y caído, para que yo, alentado con él, persevere en vuestros preceptos de día y de noche y en vuestras alabanzas. Encended el corazón dentro de mí e inflamad mi alma en vuestra meditación. Y pues el mismo único Hijo vuestro dijo: *Ninguno viene a Mí, si mi Padre que me envió, no lo trajere; y ninguno viene a mi Padre, sino por Mí,* yo os ruego humildemente y os suplico me llevéis siempre a Él, para que Él me lleve y junte con Vos, donde Él está sentado a vuestra diestra; donde hay vida perdurable y para siempre bienaventurada; donde hay amor perfecto y ningún temor; donde hay un solo día eterno y un espíritu simplicísimo de todos; donde hay suma y cierta seguridad, y segura tranquilidad y tranquila.

suavidad, y suave felicidad y felicísima bienaventuranza, y aquella bienaventurada visión y alabanza de vuestra Majestad que no tiene término ni fin; donde Vos con Él y Él con Vos en la comunión del Espíritu Santo, vivís y reináis para siempre en los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO 17

Oración devotísima a Cristo.

¡Oh Cristo!, esperanza mía, amador dulce de los hombres, luz, camino, vida, salud, hermosura y ornamento de todos los que os sirven, por los cuales tanto hicisteis y padecisteis. Mirad, Señor, las prisiones, la cruz, las llagas y la muerte que por nosotros padecisteis, y acordaos que fuisteis encerrado en un sepulcro; y que a los tres días, vencida la muerte, resucitasteis, y aparecisteis a vuestros discípulos y esforzasteis sus flacos corazones; y que pasados los cuarenta días

subisteis sobre todos los cielos, donde vivís y reináis ahora y para siempre.

Vos sois, Dios mío, vivo y verdadero, Padre mío santo, Señor mío piadoso, Rey mío grande, Pastor mío bueno, único Maestro mío, ayudador mío fiel, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, guía en mi destierro, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía santa, camino mío derecho, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, concordia mía pacífica, guarda mía segura, heredad mía rica, salud mía perpetua, misericordia mía grande, paciencia mía fuerte, hostia por mis pecados y sacrificio sin mancilla, redención mía cumplida y esperanza mía firme, caridad mía perfecta, resurrección mía verdadera, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable; yo os pido y ruego, Señor, que me deis gracia para que yo camine por Vos, y llegue a Vos, y descanse en Vos, que sois camino, verdad y vida, sin el cual ninguno va al Padre.

¡Oh resplandor de la gloria del Pa-

dre, que estáis sentado sobre los Querubines y miráis a los abismos! ¡Oh lumbre verdadera, lumbre que alumbra, lumbre que no se apaga, en la cual los Angeles desean mirar! Por Vos, dulcísimo y hermosísimo Señor, mi ánima suspira, mi corazón está delante de Vos; deshaced las tinieblas que la asombran, para que se vista copiosamente de la claridad de vuestro amor.

Dios mío, daos a mí, restituíos a mí, mirad que os amo: y si es poco lo que os amo, deseo amaros más. No sé yo cuánto me falta de aquel amor que es menester para que mi alma corra a Vos, y goce de vuestros abrazos, y no vuelva atrás hasta que se esconda en el secreto de vuestro divino rostro. Bien sé, Señor, que me va mal sin Vos, no solamente cuando yo ando fuera de mí, sino también cuando ando dentro de mí mismo, pues toda la abundancia que no es mi Dios es pobreza para mí.

Porque Vos solo sois aquel Bien simplicísimo que no se puede mudar en mejor ni en peor; aquel Bien, en el

cual, no es otra cosa vivir, sino bienaventuradamente vivir, porque Vos mismo sois vuestra bienaventuranza. Mas vuestra criatura, a quien el vivir, y vivir bienaventuradamente, no es una misma cosa, todo lo que vive, y vive bienaventuradamente, lo debe, Señor, a Vos. Y por eso nosotros tenemos necesidad de Vos, y Vos no de nosotros; porque aunque de todo punto no fuésemos, no os faltaría cosa alguna de aquel Sumo Bien que Vos mismo sois; y así tenemos necesidad de llegarnos a Vos, Señor, para que mediante vuestro continuo favor podamos santamente vivir. Porque así como el peso de nuestra flaqueza nos inclina y tira hacia abajo, así con el don de vuestra gracia se enciende nuestro corazón, y abrasado con vuestro amor, subiendo por las gradas de las virtudes, os ofrece sacrificio de alabanza, y se levanta hacia arriba con deseo de llegar a aquella paz de Jerusalén que nos recrea con su memoria y con oír que *iremos a la casa del Señor.*

Allí nos ha puesto estos bienes, y queremos permanecer en esta morada para siempre. Mas porque mientras vivimos en este cuerpo mortal vamos peregrinando, no tenemos aquí ciudad permanente, y buscamos la celestial que a ésta ha de suceder; porque nuestra ciudad y nuestra morada en los cielos está. Por tanto, guiado de la luz de vuestra gracia, yo entro en el secreto retraimiento de mi corazón, y a Vos, Señor mío y Dios mío, canto cantares de amor, gimiendo y llorando en este lugar de mi destierro, donde vuestras justificaciones me son materia de canto y de alegría.

Y acordándome de esa Jerusalén celestial, dilato los senos de mi alma para abrazarla, y con dolorosos suspiros digo: ¡Jerusalén, patria mía! ¡Jerusalén, madre mía! Y postrado delante de Vos, Señor, que sois el que en ella reináis y la alumbráis, y sois su padre, tutor, patrón, rector y pastor, y todas las delicias castas y sólidas, y el gozo macizo, y los bienes inefables y todo el bien de esta santa ciudad, porque sois solo el

Sumo y verdadero Bien ; os suplico que no me desechéis ni me dejéis hasta que en el puerto tranquilo de esta mi Madre carísima me acojáis, y apartado por vuestra misericordia del derramamiento y fealdad que ahora padezco, me conforméis y confirméis para siempre en Vos.

CAPITULO 18

Diferencia que hay entre la «sabiduría» que es la casa de Dios y la Sabiduría divina.

Aquesta es vuestra casa, Dios mío, no terrenal ni compuesta de alguna materia corporal, mas espiritual y participante de vuestra eternidad, porque sin mancilla de pecado persevera para siempre ; y Vos ordenasteis que fuese perdurable en los siglos de los siglos, y no se mudará vuestro mandamiento ; pero no es coeterna a vuestra Real Excelencia, porque fué hecha y no sin prin-

cipio; pues ante todas las cosas fué criada la sabiduría (1). No digo aquella Sabiduría que es coeterna e igual a Dios Padre, por la cual son criadas todas las cosas, y en la cual, como *en su principio*, fué hecho el cielo y la tierra; mas hablo de aquella sabiduría criada, y de aquella espiritual naturaleza, la cual es lumbre por la contemplación de vuestra lumbre, y aunque es criada, se llama sabiduría.

Pero cuanta diferencia hay de la lumbre que alumbrá a la lumbre que es alumbrada, tanta hay entre la Altísima Sabiduría y esta sabiduría que ha sido criada, y tanta como hay entre la Justicia que justifica que sois Vos, Dios nuestro, y la justicia que se infunde en el ánima en nuestra justificación. Porque, como lo testifica el Apóstol, nosotros somos llamados *justicia de Dios Padre* en Vos, Señor nuestro, su verdadero Hijo.

(1) Refiérese a las inteligencias angélicas, que son anteriores a la creación material, y en ellas mora Dios.

Ante todas las cosas, pues, fué criada una sabiduría intelectual en esa vuestra ciudad y madre nuestra, que está allá arriba y es libre y eterna en los cielos. Pero ¿qué cielos son éstos sino aquellos cielos sobre todos los cielos que os alaban, de los cuales está escrito: *El cielo del cielo es la morada del Señor?* Y aunque no hallamos tiempo antes de la sabiduría que precede a la criatura que fué criada en tiempo, porque fué criada ante todas las cosas; pero antes que ella fuese, erais Vos, Dios eterno, criador de todas las cosas, del cual mana como de su fuente la perpetuidad de esta criatura, y del cual tuvo su principio, no principio de tiempo, porque aún no había tiempo, sino principio de su misma condición; y de tal manera mana de Vos, que es otra cosa que Vos, aunque ni antes de ella, ni en ella, no hallamos sucesión de tiempo.

Esta criatura puede siempre contemplar vuestro divino rostro sin divertirse un punto de su contemplación; por lo cual no es variable con alguna muta-

ción, aunque conforme a su naturaleza tiene su mutabilidad, con la cual se entibiaría y oscurecería si por un amor grande no estuviese unida con Vos, y no resplandeciese y se abrasase por la participación del fuego divino, que sois Vos.

Finalmente, ella está abrazada y unida con tan casto amor con Vos, que sois Dios verdadero y verdaderamente eterno, que aunque no es coeterna con Vos. por ninguna variedad ni sucesión de tiempo se aparta ni desvía de Vos, mas descansa en la dulce contemplación de sólo Vos; porque al que os ama cuanto debe, Vos, Señor, le mostráis vuestro rostro, y esto le basta. De aquí le viene que nunca jamás se aparta de Vos ni de sí; pero siempre persevera en un mismo estado, viéndoos a Vos sin cesar y amándoos sin interrupción, que sois verdadera lumbre y casto amor.

¡Oh bienaventurada esta criatura, más alta que todas las criaturas y más bienaventurada, porque goza siempre de vuestra bienaventuranza! Dichosa, por

cierto, y muy dichosa, pues que Vos perpetuamente moráis en ella y la alumbráis.

No hallo cosa que con más razón podamos llamar *cielo del cielo para el Señor* que esta vuestra casa, que está absorba en la contemplación y delectación de Vos, sin mengua y sin afecto desordenado de salir de Vos para amar otras cosas fuera de Vos, y con una voluntad pura y uniforme, con un establecimiento de paz entre todos los espíritus bienaventurados.

En aquellos moradores del cielo se hallan estas cosas celestiales, por donde entienda el ánima, cuya peregrinación ha sido prolija, si ya tiene sed de Vos, si ya se sustenta de sus lágrimas como de pan, si ya os ha pedido sólo el morar en vuestra casa por todos los días de su vida. Y ¿qué cosa es su vida sino Vos? Y ¿qué días son los suyos sino vuestra eternidad? Así como vuestros años no tienen fin ni jamás desfallecen.

Pues que así es, entienda el alma que lo pueda entender, cuánto Vos, Señor,

sois eterno sobre toda la mutabilidad de los tiempos, pues que vuestra casa celestial, aunque no es coeterna con Vos, no padece alguna variedad de tiempo; porque perpetuamente y sin cesar está unida con Vos, y gozando con un amor perseverante y casto de Vos, nunca ha salido de Vos, que le estáis presente, ni ha experimentado la mutabilidad de su naturaleza; y estando abrazada con todo su afecto con Vos, no tiene cosa venidera qué aguardar ni qué acordarse de lo pasado; porque no se muda con las cosas que se varían, ni está sujeta a sucesión de tiempos.

CAPITULO 19

*Pide el hombre que la casa de Dios
ruegue por él.*

¡Oh casa de Dios resplandeciente y hermosa! Yo he amado vuestra hermosura y la morada de la gloria de mi Dios y Señor, que os posee y fabricó. De

día y de noche suspira mi alma peregrina por Vos; mi corazón anhela a Vos; mis entrañas están atentas a Vos, y desean llegar a vuestra bienaventurada compañía. A vuestro Hacedor digo que me posea en Vos, pues que me hizo a mí y a Vos. Y Vos, casa bienaventurada, decidle y rogadle que me haga digno de la participación de vuestra gloria.

No pretendo vuestra santa compañía ni vuestra admirable hermosura por mis merecimientos; mas confío alcanzarla por aquella sangre preciosa con que fui redimido, si vuestros merecimientos me ayudan, y vuestras santas y purísimas oraciones me socorren, pues no pueden dejar de ser eficaces delante del Señor.

Yo confieso que he errado, y que he andado perdido como oveja descarriada, y que este mi destierro se ha alargado mucho, y que estoy desechado de la faz del Señor, en la ceguedad de este valle de lágrimas. Aquí, apartado de los gozos del Paraíso, lloro cada día conmigo mis-

mo la miseria de este cautiverio, y canto cantos llorosos y lastimeros cuando me acuerdo de Vos, oh Jerusalén celestial y madre mía. Porque mis pies están en el zaguán de la santa y hermosa Sión, y no pueden entrar a contemplar las lindezas que están encerradas en ese palacio glorioso; mas espero que un día seré llevado en los hombros de mi buen Pastor y glorificador vuestro, y presentado a Vos, para que mi alma se regocije con Vos con aquel inenarrable gozo con que se gozan todos los que moran en Vos, delante de nuestro Dios y Salvador, Jesucristo, el cual en su carne bendita deshizo las enemistades, y por su sangre pacificó todo lo que hay en el cielo y en la tierra.

Porque Él es nuestra paz, que hizo de dos cosas una, y juntó las dos paredes que parecían contrarias, en la felicidad perpetua de vuestra bienaventuranza, y prometió dárnosla de la misma manera y con la misma medida, cuando dijo: *Que serían los hombres bienaventurados e iguales a los Angeles de Dios en*

el cielo. ¡Oh Jerusalén!, casa de Dios eterna; después del amor de mi Señor Jesucristo, Vos seáis mi alegría y mi consuelo, y la dulce memoria de vuestro bienaventurado nombre sea alivio de mi tristeza y refrigerio de mis penas.

CAPITULO 20

De cuántas miserias está llena esta vida.

Mucho me cansa, Señor, esta vida, y me angustia esta prolija y triste peregrinación. Mas ¿por qué la llamo yo vida y no muerte, pues es vida falsa y muerte verdadera? Esta vida es vida miserable, vida frágil, vida incierta, trabajosa, inmunda, señora de los pecadores y reina de los soberbios, llena de afanes y de engaños, y que más se puede llamar muerte que vida; pues cada momento morimos, y con los acaecimientos varios de esta nuestra mutabilidad, cada hora nos acabamos con diversos linajes de muertes.

¿Cómo podemos llamarla vida a esta que vivimos, pues los humores la alteran, los dolores la enflaquecen, los calores la secan, el aire la inficiona, el manjar la corrompe, el ayuno la fatiga, los placeres la trastornan, los pesares la consumen, el cuidado la ahoga, la seguridad la destruye, las riquezas la levantan, la pobreza la derriba, la juventud la desvanece, la vejez la aflige, la enfermedad la quebranta, la tristeza la acaba; y a todos estos males sucede la muerte furiosa, que remata y da fin a todos los contentos de esta frágil y miserable vida, de manera que, cuando se acaba, parece que no ha sido?

Esta muerte vital y vida mortal, por más que esté colmada de estos y de otros desabrimientos y amarguras, tiene a infinita gente engañada, ¡ay dolor!, con sus dulzuras, y enredada y presa con sus falsas promesas. Y siendo, como es, engañosa y desabrida, y que los mismos que la aman y se van tras ella no pueden dejar de conocer su engaño y de gustar y tragar su amargu-

ra, son tantos los que andan tomados del vino y embriagados de la copa dorada del cáliz de Babilonia que trae en la mano, que no se pueden contar.

Pocos y bienaventurados, Señor, son los que huyen de su conversación, y menosprecian sus gozos fingidos, y se apartan de su compañía, para no perecer con la felicidad falsa y precedera de esta vida.

CAPITULO 21

La felicidad de la vida, aparejada por Dios para los que le aman.

¡Oh vida que el Señor ha aparejado a los que le aman! ; vida viviente, vida bienaventurada, vida segura, vida tranquila, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida santa, vida que no sabe qué es muerte ni tristeza ; vida sin mancha, sin dolor, sin congoja y corrupción, sin turbación, sin variedad y mudanzas ; vida llena de lindeza y majestad,

donde no hay enemigo que persiga, ni flaqueza de carne que ablande; donde hay perfecto amor y no hay ningún temor; adonde el día es eterno, y uno el espíritu de todos; adonde Dios cara a cara se ve, y con este suavísimo manjar de vida el ánima se harta sin hastío.

Mucho querría, ¡oh vida bienaventurada!, estar atento a tu claridad; tus bienes me recrean; y, cuanto más considero tu grandeza, tanto más desfallezco de amor y de un vehemente deseo de gozarte, y sola tu dulce memoria es vida para mí. Querría, querría levantar los ojos de mi corazón a ti, y despertar mis potencias interiores, y conformar el afecto de mi alma. Querría hablar de ti, oír de ti y escribir de ti, conferir y platicar de ti y leer cada día de tu bienaventuranza y gloria; y, después de haberlo leído, tornarlo muchas veces a leer y rumiarlo en mi corazón, para que con este frescor y celestial rocío se templen los ardores y las peligrosas llamas que me abrasan en esta frágil y perecedera

vida, y reclinar en tu seno mi cabeza cansada, para descansar en él.

Para esto me voy espaciando por los amenos prados de las Sagradas Escrituras; y, cogiendo las hierbas saludables de sus sentencias, las cuales como, rumio y escondo en mi memoria, para que, gustando su dulzura, sienta menos la amargura de esta vida miserable.

¡Oh vida felicísima!, ¡oh reino verdaderamente bienaventurado!, que carece de muerte y de fin y de sucesión de tiempo; adonde el día es continuo, y no se sabe qué es noche; adonde el soldado que ha peleado y vencido, con la cabeza coronada de gloria y acompañado con aquellos bienaventurados coros y jerarquías de los ángeles, canta a Dios sin cesar los cantares de alegría y de Sión. ¡Oh si yo, habiendo alcanzado perdón de mis pecados, y dejada la carga de esta frágil carne, pudiese entrar en tus gozos, para tener verdadero reposo y ser admitido dentro de esos muros riquísimos de Jerusalén, y recibir de mano del Señor la corona, y

hallarme presente a esos santísimos coros, y asistir a la gloria del Señor, y contemplar presente el rostro de Cristo, y ver aquella suma e inefable lumbre, sin más miedo de la muerte, y con gozo para siempre del don inestimable de esa incorruptible y bienaventurada vida!

CAPITULO 22

De la felicidad del alma que sale de este mundo para el cielo.

Dichosa, por cierto, y bienaventurada es el alma que, desatada ya y libre de las ataduras de este cuerpo, vuela al cielo, y, segura y quieta, no teme al enemigo ni a la muerte; porque siempre tiene presente y contempla sin cesar aquel hermosísimo Señor a quien sirvió, a quien amó y a quien alegre y gloriosa finalmente allegó; y sabe que esta tan grande bienaventuranza no se le puede menoscabar con el tiempo, ni perderse por violencia.

Las hijas de Sión vieron esta tal alma, y la pregonaron por bienaventurada; y las reinas y esposas del Señor la han alabado, diciendo: ¿Quién es ésta que sube del desierto llena de delicias y recostada sobre su Amado? ¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente y sale como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los reales bien ordenados y puestos a punto de guerra? Cómo sale alegre, cómo se da prisa y corre, cuando con el oído atento oye decir a su Amado: Levántate, amiga mía y hermosa mía, date prisa y ven; porque ya ha pasado el invierno, ya las lluvias han cesado, las flores han parecido en nuestra tierra, ya ha venido el tiempo de podar las viñas, ya se ha oído la voz de la tórtola, y la higuera ha producido su fruta, y las viñas han florecido y dado de sí olor.

Levántate ya y date prisa, amiga mía, hermosa mía, paloma mía, que anidas en los agujeros de la piedra y en la cueva del cercado, muéstrame tu rostro

y suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es llena de dulzura y tu rostro de hermosura. Ven, escogida mía, hermosa mía y paloma mía y esposa mía sin fealdad. Ven, para que ponga en ti mi trono, porque he deseado tu hermosura. Ven, para que te alegres en mi acatamiento con mis Angeles, pues que yo te prometí su compañía. Ven, después de muchos peligros y trabajos, y entra en aquel gozo de tu Señor, que ninguno te podrá quitar.

CAPITULO 23

Oración a los Santos para que nos socorran en nuestros peligros.

¡Oh Santos del cielo y bienaventurados, que después de haber pasado por este golfo tan peligroso de nuestra mortalidad, habéis merecido llegar al puerto de eterna paz y seguridad, adonde ya sin temor ni sobresalto gozáis de perpetua fiesta y alegría! Yo os supli-

co, por vuestra caridad, que pues estáis seguros, tengáis cuidado de nosotros, que no lo estamos; y pues tenéis cierta vuestra gloria, tengáis solicitud de nuestra miseria. Yo os suplico por aquel Señor que os escogió y beatificó, y por cuya Inmortalidad vosotros sois ya inmortales, y con su vista gozosos y bienaventurados, que siempre os acordéis de nosotros, y que nos socorráis, pues todavía estamos cercados de peligros y navegamos por este mar turbulento y tempestuoso.

Vosotros sois aquellas puertas altas y hermosas de la ciudad de Dios; y nosotros somos como un poco de tierra vil y desechada acá abajo, y muy lejos de vuestra excelencia. Dadnos, pues, la mano, y levantadnos sobre nuestros pies, porque estamos caídos, para que, sacando fuerzas de flaqueza, peleemos valerosamente en esta guerra.

Interceded y rogad sin cesar por nosotros, miserables e indignos pecadores, para que por vuestras oraciones gocemos de vuestra santa compañía; que

de otra manera no nos podemos salvar; porque somos unos hombrecillos muy flacos y sin ninguna virtud; o, por mejor decir, somos unos animales esclavos de nuestro vientre y de nuestra carne, en los cuales apenas hay señal ni rastro de alguna virtud; mas debajo del estandarte y confesión de Cristo navegamos en el madero de la santa cruz por este mar grande y espacioso, donde hay infinitas sabandijas y animales grandes y pequeños, y donde está aquel dragón cruelísimo, siempre aparejado para tragarnos; donde hay los lugares peligrosos de Scila y Caribdis y otros innumerables, en los cuales dan al través los que navegan sin recato y son dudosos en la fe.

Rogad al Señor, rogadle, ¡oh santos bienaventurados!, y compañía de almas puras y celestiales, rogadle y suplicadle que sea nuestra guía y norte en esta navegación, para que, favorecidos con vuestras oraciones y merecimientos, llegue este nuestro navío entero a salvamento, y nosotros en ese puerto seguro

y tranquilísimo gocemos de vuestra bienaventurada compañía y de perpetua paz y quietud.

CAPITULO 24

Los deseos que el alma tiene de la celestial Jerusalén.

¡Oh madre Jerusalén, ciudad santa de Dios, esposa muy amada de Cristo! Mi corazón te ama, y mi alma en gran manera desea ver tu hermosura. ¡Oh qué hermosa eres! ¡Qué gloriosa y qué generosa! Toda eres hermosa, y no hay mancha en ti. Alégrate y gózate, ¡oh hermosa hija del Príncipe!, porque aquel Rey soberano, que es lindo sobre todos los hijos de los hombres, ha deseado tu hermosura y amó el resplandor de tu rostro.

Pero ¿cuál es este tu querido entre todos los queridos, oh hermosísima Princesa? *Mi querido es blanco y colorado, y escogido entre millares.* La ventaja

que hace el mánzano a los árboles silvestres, ésa hace Él a los hijos de Adán.

Aquí estoy asentado con mucho contento debajo de la sombra de aquel que deseé, y su fruto es muy dulce a mi garganta. Mi amado metió la mano por el agujero de la puerta, y a este ruido que hizo se conmovió mi corazón. De noche en mi cama busqué al que ama mi alma; búsquele, y halléle, téngole, y no le dejaré, hasta que me lleve a su casa y me aposente en su retrainiento. ¡Oh Madre gloriosa, aquí me darás tus pechos con más abundancia y perfección, y me hartarás de tu leche, con una hartura tan maravillosa, que para siempre jamás no tenga hambre ni sed!

¡Dichosa mi alma, y en todos los siglos bienaventurada, si yo mereciere ver tu gloria, tu bienaventuranza, tu hermosura, tus puertas, tus murallas, tus plazas y aposentos, tus ciudadanos nobilísimos, y, sobre todo, aquel Rey de gloria en su majestad. Porque tus muros son de piedras preciosas; tus puertas, de perlas finísimas; tus plazas, de oro pu-

rísimo, en las cuales sin cesar siempre se canta *Aleluya* perpetua y suavísima; tus aposentos son muchos y fundados sobre piedras cuadradas, y fabricados de zafiros y jacintos, y cubiertos con tejas de oro, en los cuales no entra ningún malo, ni ninguno que no sea limpio!

Hermosa eres y suave en tus deleites, ¡oh Madre Jerusalén! No experimentan en ti tus moradores lo que nosotros en esta miserable vida experimentamos; no hay en ti tinieblas, ni noche, ni diversidad de tiempos; ni te alumbrá la luz de la lámpara, ni el resplandor de la luna, ni la claridad de las estrellas, sino Dios de Dios, y la luz de la luz, y el sol de justicia siempre te alumbrá. El Cordero blanco y sin mancilla es tu luz resplandeciente y clarísima, tu sol y tu claridad; y todo tu bien es la contemplación perpetua de este Rey de gloria, y el mismo Rey de los reyes, rodeado de todos sus cortesanos, está en medio de todos.

Ahí están los gloriosos coros de los Angeles y toda aquella dulce compañía

de los soberanos ciudadanos del cielo, los cuales, después de esta triste peregrinación, han tornado a su patria. Ahí están los santos Profetas; ahí el número misterioso de los doce Apóstoles; ahí el ejército victorioso de los innumerables mártires; ahí la sagrada congregación de los confesores; ahí los verdaderos y perfectos monjes; ahí las santas mujeres que vencieron los regalos de este mundo y la flaqueza de su carne; ahí los niños y niñas que con la santidad de costumbres sobrepusieron sus tiernos años; ahí están las ovejas y los corderos, libres ya de la boca de los lobos y de los lazos de esta nuestra mortalidad, y todos se alegran en sus propias moradas. Y aunque es diferente la gloria de cada uno, pero la alegría es una y común de todos. Ahí reina una excelente y perfecta caridad; porque ahí Dios es todas las cosas en todos: a este Señor ven todos sin fin, y viéndole siempre arden en su amor; ámanle y alábanle, y alabándole le aman; y

toda su ocupación es alabarle sin fin, sin interrupción ni fatiga.

¡Dichoso yo y de veras felicísimo, si después de dejado este cuerpo miserable, mereciese oír los cantares de aquella música celestial que cantan los ciudadanos de esta patria y los coros de los bienaventurados espíritus, en alabanza del Rey eterno! ¡Dichoso yo y bienaventurado, si mereciere cantar estos mismos cantares, y asistir a mi Rey y a mi Dios, y a mi Capitán, y contemplarle en su gloria, como Él mismo se dignó de prometer, cuando dijo: *¡Oh Padre soberano! Yo quiero que los que Tú me diste estén conmigo, y que vean la claridad que tuve antes de la creación del mundo. Y en otra parte: El que me sirve, sígame; y en donde Yo estoy estará mi ministro. Y en otra: El que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré y le manifestaré a Mí mismo.*

CAPITULO 25

Himno a la gloria del Paraíso, compuesto por el Cardenal Pedro Damían, sacado de los dichos de San Agustín.

El alma seca y sedienta corre a la fuente de la vida perdurable.

Y encerrada en la cárcel de la carne, desea presto salir de ella.

Ansiosa y luchando consigo misma, querría gozar de la patria, de la cual se ve desterrada, y contemplar aquella gloria que perdió cuando pecó.

Y el mal que tiene presente acrecienta más la memoria del bien perdido.

Porque ¿quién podrá explicar la alegría de aquella paz soberana donde los edificios son todos de piedras preciosas y vivas, y los tejados están cubiertos de oro purísimo, y las salas resplandecientes con maravillosa claridad, y toda la obra es de piedras de inestimable valor?

Las calles de esta ciudad son ladrilla-

das de oro más puro que un cristal, sin polvo ni lodo ni inmundicia alguna ;

Allí, la aspereza del invierno ni el ardor del estío no tienen lugar ;

Allí, las flores y rosas que no se marchitan, hacen un perpetuo verano ;

Allí blanquean las azucenas, y manan mil fuentes de bálsamo ; los prados están siempre verdes y los sembrados hermosos, y corren los ríos de miel en grande abundancia ; los perfumes suavísimos y aromáticos echan de sí muy grande olor ;

Allí, las muy olorosas manzanas están colgadas en aquellos bosques floridos para siempre ;

No hay allí variedad en la claridad de la luna y del sol y de las estrellas,

Porque el Cordero es el que alumbra en aquella bienaventurada ciudad, sin jamás esconderse ;

Donde no hay noche ni sucesión de tiempo, sino un día constante y perpetuo, y cada uno de los santos resplandece como el sol ;

Donde después de haber triunfado.

coronados de gloria, se alegran los unos con los otros,

Y ya seguros, cuentan las peleas que tuvieron, y con qué armas y cómo vencieron al enemigo;

Y estando ya purificados de toda mácula de la carne, no tienen que temer guerra;

Porque la carne, hecha en su manera espiritual, y el alma, quieren una misma cosa, gozando de mucha paz, y no tienen tropiezos ni escándalos.

Y desnudos ya de todas las cosas mudables de esta vida, y vestidos de inmortalidad, contemplan aquella suma y eterna Verdad que tienen presente.

Adonde se hartán de esta fuente de vida, y embriagados de su dulzura, cobran vigor y un estado de inmutabilidad.

Aquí, resplandecientes, vigorosos y alegres, no están sujetos a ninguna caída ni adversidad;

Siempre sanos, sin temor de enfermedad; siempre mozos, sin envejecerse, en un ser perpetuo;

Porque lo que pasa, ya pasó; por lo cual están siempre frescos, floridos y robustos sin corrupción,

La fuerza y vigor de aquella vida inmortal ya absorbió y aniquiló la fuerza que tenía la muerte.

¿Qué pueden dejar de saber los que saben al que todo lo sabe?

Penetran los secretos del corazón cada uno de los otros: una misma cosa quieren, y una misma no quieren.

Porque es una misma voluntad la de todos; y aunque cada uno tenga su premio diferente conforme a su trabajo, mas la caridad hace que la gloria de cada uno sea de todos.

Donde está el cuerpo, allí se juntan las águilas, y las santas almas se recrean en compañía de los Angeles.

Con un mismo pan se mantienen los moradores de esta tierra y los del cielo, adonde los bienaventurados siempre están hartos y hambrientos, y desean lo que tienen;

Pero de manera, que ni la hartura les causa hastío, ni el hambre fatiga; an-

tes siempre comen lo que desean, y desean lo que comen.

Allí hay siempre armonía y música de suavísimas voces, que regalan y deleitan los oídos, y los órganos e instrumentos músicos sirven para alabanza del Señor.

Bienaventurada, pues, el alma que tiene al Rey del Cielo presente,

Y ve debajo de sus pies toda esta máquina del mundo, y al sol y a la luna, y a los planetas y estrellas revolverse debajo de sí.

¡Oh Cristo, Señor Dios mío, que eres la palma de tus soldados!

Yo te suplico que después de haber acabado mis batallas y mi jornada, me admitas en esa gloriosa ciudad,

Y me hagas participante de la gloria de tus ciudadanos. Dadme fuerzas, Señor, pues soy flaco para pelear,

Para que después de haber peleado y vencido, me des la corona,

Y yo pueda gozar de ti para siempre jamás.

CAPITULO 26

Las alabanzas que da el alma a Dios contemplando su soberana Majestad.

Bendice, ¡alma mía!, al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí bendigan su santo nombre.

Bendice, ¡alma mía!, al Señor, y no te olvides de todos sus beneficios.

Benedicid al Señor todas sus obras, y en todo lugar de su señorío mi alma bendiga al Señor.

Alabemos a Dios, a quien alaban los Angeles, adoran las Dominaciones, tiemblan las Potestades, y a quien los Querubines y Serafines sin cesar claman: Santo, Santo, Santo.

Juntemos nuestras voces con las de los santos Angeles, y alabemos al común Señor con nuestras débiles fuerzas; porque aquellos bienaventurados Espíritus alaban al Señor purísimamente y sin cesar, pues siempre están ab-

sortos en su contemplación, no por espejo ni sombras, sino cara a cara.

Pero ¿quién podrá explicar o comprender qué tal sea aquella muchedumbre innumerable de los espíritus bienaventurados y virtudes celestiales, que están en el acatamiento del Señor Dios todopoderoso? ¿Qué tal sea aquella fiesta de la visión de Dios, que no tiene fin? ¿Qué cumplida sea aquella alegría? ¿Cuán grandes aquellas llamas de amor, que no dan pena, sino deleite? ¿Qué tal aquel deseo de ver á Dios con hartura y hartura con deseo? Mas de tal manera, que ni el deseo engendra pena, ni la hartura causa hastío.

¿Quién entenderá cómo, por estar unidos con la suma bienaventuranza, son bienaventurados, y cómo por estar juntos con la verdadera luz son hechos luz, y por estar siempre mirando a la Santísima Trinidad, que es inconmutable, ellos, de mudables, se han hecho inmutables?

¿Cómo podremos nosotros comprender aquella excelencia de la dignidad

angelical, pues aun la naturaleza de nuestra misma alma no podemos entender? ¿Qué tal es esta nuestra alma, que puede dar vida al cuerpo, y aunque quiera no se puede refrenar ni detenerse en sus pensamientos? ¿Qué tal es ésta, tan fuerte y tan flaca, tan pequeña y tan grande, que escudriña los secretos de Dios y contempla las cosas celestiales, y con su agudo y claro ingenio ha inventado muchas artes para la vida humana provechosas? ¿Qué tal es ésta, que sabe tantas cosas fuera de sí, y en ninguna manera sabe cómo ha sido criada? Porque aunque diversos autores han escrito algunas cosas de su principio y origen, pero son inciertas y dudosas. Lo que podemos nosotros con verdad decir, es, que es un espíritu intelectual, criado por la potencia del Señor, y que en su manera vive inmortalmente, y da vida al cuerpo mortal, cuya forma es, sujeto a mutabilidad y a olvido; que muchas veces con el temor se encoge, y se dilata con la alegría.

¡Oh cosa maravillosa y digna de grande admiración!, que siendo Dios criador de todas las cosas, inefable e incomprendible, sin ninguna duda leemos, hablamos y escribimos de Él cosas maravillosas; y de los Angeles y de nuestras almas no podemos hablar con tanta certidumbre. Pero nuestro ánimo suba de estas cosas bajas, y traspase todo lo criado; corra, suba y vuele, y dejando todas las otras cosas, fije los ojos de la fe cuanto pudiere en Aquel que las crió todas. Yo, pues, haré una escalera en mi corazón y unas gradas para subir a lo más alto de mi alma, y por ella subiré a mi Señor, que está sobre mi cabeza.

Despediré con una mano fuerte y apartaré lejos de la vista de mi corazón todo lo que se ve en este mundo visible y todo lo que espiritualmente se puede imaginar, y con sólo el entendimiento puro y simple procuraré, con un ligero vuelo, llegar al Criador de los Angeles y de las almas y de todas las cosas. ¡Oh bienaventurada aquella al-

ma que deja las cosas bajas y sube a las altas; que pone su morada en la cumbre de los montes, y desde allí, con ojos de águila, mira y contempla al Sol de justicia! Porque no hay cosa tan hermosa ni de tanto contento como es contemplar con la vista del alma y con el afecto del corazón a Dios solo, y en cierta manera admirable e invisible, ver al Invisible, y gustar, no esta dulcedumbre, sino otra más excelente, y ver otra luz y no ésta; porque esta luz que vemos con los ojos corporales, y se encierra en lugar, y se mide con el tiempo, y se varía con la interrupción de las noches, y es común a los hombres y a las bestias y a los gusanos, en comparación de aquella soberana luz, no se ha de llamar luz, sino noche.

CAPITULO 27

Qué cosa sea ver y tener en cierta manera a Dios, y lo que habemos de sentir de Él.

Aunque aquella suma e inconmutable Esencia, que es luz verdadera, y que nunca se acaba, y es luz de los Angeles, no pueda ser vista de nadie en esta vida, porque esto está reservado por premio a los que están en el cielo, todavía el creerla y entenderla, y sentirla y desearla con ardiente afecto, es una manera de verla y de tenerla.

Suene, pues, nuestra voz sobre todos los Angeles, y el hombre, con la mente atenta, contemple a Dios, y dígame cantares de alabanza con las palabras que pudiere. Porque muy justo es que la criatura alabe a su Criador, pues Él nos crió para que le alabásemos, no teniendo necesidad alguna de nuestras